

Homenaje a los bendecidos y amistosos ochenta y dos años de Pepe Nieves –Joseph T. Snow–, el mapamundi interior de un trotamundos académico

Tribute to the Blessed and Friendly Eighty-Two Years of Pepe Nieves –Joseph T. Snow–,
the Inner World Map of an Academic Globetrotter

Gladys Lizabe

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

 <https://orcid.org/0000-0002-4734-4738>
lizabegladys@gmail.com

Desde hace varias décadas, Navidad se anuncia no solo con Papa Noel, sino con otros regalos deseados. Uno de ellos son los correos electrónicos con que Pepe Nieves se anuncia cargado de vitalidad, de noticias buenas y otras no tanto, de Congresos y anécdotas, de viajes y vida vivida, sufrida y gozada, de añoranzas y expectativas de quien sabe que cada día es un don y hay que aprovecharlo al máximo. Y si de eso se trata vivir, Pepe lo hace a corazón abierto y a manos llenas, con una generosidad que no tiene límites, que es uno de sus sellos personales. Sus ganas de hacer y estar con otros, sea familia, amigos, colegas, discípulos propios y ajenos y estudiantes de diferentes partes del mundo hacen que su mundo diseñe el mapamundi de un trotamundos académico cuya humanidad lo trasciende y de la que gozamos quienes lo conocemos.

Para Pepe, no existen distancias ni fronteras y estas son razones celebratorias en esta ocasión de sus inolvidables ochenta y dos años. La virtualidad, espacio infinito de comunicación, brinda la posibilidad de vincularnos humana y académicamente para rendir Homenaje con muchísimo cariño, reconocimiento y admiración a un Gran Hispano Medievalista con pasaporte internacional. Colegas provenientes y/o que se desempeñan en universidades de cuatro puntos geográficos muy caros a Pepe –Argentina, España, Estados Unidos de Norteamérica y México–, y lo han recibido en múltiples ocasiones, nos hemos unido para homenajearlo en una “Comisión organizadora” integrada por Sofía Carrizo Rueda, Javier Roberto González, María Teresa Miaja de la Peña, Eloísa Palafox, María José Rodilla, Amaranta Saguar García y quien suscribe.

Las palabras contenidas en esta primera parte de *Revista Melibea* 2024.1 representan el Homenaje de sus colegas y reflejan el valor que para Pepe y



nosotros posee la amistad, uno de los bienes más trascendentales que nos une como seres humanos. De ello, Joe es un ejemplo y un modelo de cómo se dedica toda una vida a construir, mantener y consolidar estos vínculos en el complejo y competitivo ámbito académico.

Como los datos a compartir forman parte de una entrevista que le realicé al Dr. Snow recientemente, me permitiré escribirla “dándote del vos”, como si todavía estuviera conversando afable y cariñosamente como él sabe hacerlo. Mi contribución es haber recuperado y compartir con los lectores de *Revista Melibea* partes de ese mundo íntimo y generalmente desconocido de tu vida personal con nuestros lectores, sean colegas, estudiantes, y/o público interesado en lo que estudiás y sos experto.

Personalmente me es muy gratificante que junto al Soneto de Javier que abre este volumen y tus grandes logros y distinciones académicas que señalan Tere, Sofia y Amaranta a continuación, pueda hacerte conocer humanamente desde tus orígenes y tu trayectoria vital en una semblanza que muestra que uno “no nace hispano-medievalista, uno se hace”. Por ello, es un honor para mí contribuir con una semblanza que te muestra desde la intensa admiración y el profundo afecto que has cosechado en años de laboriosa entrega a tus estudios, colegas, amigos, discípulos y estudiantes.

Querido Pepe:

Como en el caso de millones de personas que nacimos en el continente americano, tu historia ancla sus raíces en un “aquí” y en un “allá” de nativos y extranjeros que en tu caso remite a unos abuelos maternos que sí llegaste a conocer y que habían llegado de la lejana Escocia; a tus abuelos paternos no los conociste.

El mar te rodeó con su inmensidad y sin límites durante toda tu infancia. Naciste en Atlantic City, Nueva York, una famosa ciudad costera del este de EE. UU., el 21 de setiembre de 1941 y allí tu papá se desempeñaba como pescador, oficio que les daba miedo como familia cuando la tempestad arreciaba en el Atlántico. Ya en tu vida adulta conjuraste con decenas de viajes a los más diversos lugares del planeta esta etapa de tu vida, y no existió ola ni mar ni monte ni montaña que te pudieran detener o vencer.

Tu papá tenía un puesto de pescado en la playa y se iba muy temprano allí, a las 4:00 de la mañana, en plena madrugada. Tu mamá era ama de casa: tuvo cinco hijos, tres varones, vos el cuarto y tu hermana la menor. Fue la tuya una familia “numerosa” como la de Celestina, que eran cuatro hermanas. Tu madre les hacía la ropa y eran una familia “muy muy” pobre pero una familia “muy” feliz y unida. Mantengo el “muy” porque así lo acentuaste como si en un segundo te hubieras visto pasar de esa pobreza en vos mismo a ser un distinguido Catedrático de universidad norteamericana y otras, reconocido internacionalmente por la solidez, pertinencia y originalidad de tus conocimientos. Tu ejemplo demuestra

que para la mayoría de los mortales no cuenta de dónde uno venga sino dónde uno va y llega.

De niño, fuiste desobediente en alguna que otra ocasión. La desobediencia a tu mamá te gustaba y te daba doble placer: por un lado, porque era un desafío a la autoridad maternal y, por otro, porque era una satisfacción con la que te autocomplacías: salir en una bicisetita y llegar a la playa para ir a nadar en el Atlántico.

Y con este alado medio de transporte personal el mundo seguía sin fronteras y andabas por el barrio, curioseando por calles y “callejas”, que fueron polvorientas y secas cuando recorriste y disfrutaste de los viñedos mendocinos con Juan Carlos y mi hijo Germán, y que se transformaron en esas semejantes a las que recorría Celestina en su afán por el negocio. Pero ahora, querido Pepe, tus callejas son los miles de kilómetros de pasillos de aeropuertos, de estaciones de trenes, de autobuses y hasta pasillos de universidades y bibliotecas que has transitado para dar tus clases, dictar una conferencia como cuando viniste a la Universidad Nacional de Cuyo a las Jornadas Mujer, o a dar una charla como cuando te conocí allá en los inicios de los 80 en el mítico Westfield College – University of London– en el que Alan Deyermond nos anunció en su Seminario de literatura medieval: “*Vamos a recibir la visita de un joven que ha creado una revista –Celestinesca– y va a venir a darnos una charla*”. Para nosotros, misterio total la llegada de alguien –un genio– ¡qué tan joven hubiera hecho tanto!

Callejas, pasillos que son también los que recorriste para participar de innumerables defensas doctorales, o llegar a tu famoso pupitre 99 de la Biblioteca Nacional de España, o recibir Homenajes y/o acompañar a colegas en los propios y hasta escoltar las cenizas de Alan –tu entrañable amigo– a su destino final. Este espíritu andariego y curioso caracteriza tu vocación y oficio de caminante amistoso como si se tratara de una argamasa infantil consolidada en tu adultez: ahora te enorgullecés de los países recorridos y de más de cuatrocientos amigos con los cuales todavía estás en contacto. Un verdadero tesoro, por cierto, que hizo del mundo tu casa y resultaste buen escucha de aquel consejo de la vieja a Pármeno: “¡Guay de quien en palacio envejece”!

Llegada la escolaridad, fuiste a la escuela de tu barrio y un hecho “de color” te marcó: “una niña negra”, una desclasada en aquella época como los personajes marginados de *Celestina*, a quien en 5to grado habían dejado que participara de las clases con gente blanca. Épocas de racismo y segregación en tu país que nosotros vivíamos en las películas, en los discursos de políticos, en comentarios de familiares que habían dejado atrás sus países de origen e iban a EE. UU. siguiendo el sueño americano. Pero si el color de piel y sus consecuencias te impactaron, no menos lo fueron aquellos fuegos artificiales que viste en el cielo anunciando el fin de la segunda guerra mundial.

De la escuela secundaria todavía guardás amigos con los que te frecuentás y así te llegó la hora de ir a la Universidad, primeramente, a la de Iowa porque te

ofrecieron una muy buena beca y allí estudiaste Lenguas: italiano, latín, español, lo que se diría una “excelente formación en Lenguas extranjeras” –romances, más precisamente–. Y llegó el día del estudiante universitario de posgrado en el que te fuiste a la Universidad de Wisconsin, donde finalizaste tu Doctorado. De esa época, tu prodigiosa memoria trajo al presente a famosos maestros, uno de los cuales estudié en mis años de formación en literatura medieval española y que siguen presentes en el Programa de la asignatura a mi cargo: me refiero a Edmund de Chasca, guatemalteco, fantástico profesor de Cervantes, muy sensible y que llegaba a partes muy sentimentales. En mi supina ignorancia, desconocía que era centroamericano, nacido en 1903 y muerto en 1987 y estudiante en la famosa Universidad de Chicago. Y frente a tu Edmund admirado, recordé los pocos o nulos saberes de los personajes celestinescos, excepto Melibea a quien su padre le hacía leer “aquellos antiguos libros” para “aclarar” su ingenio femenino.

Y *La Celestina*: ¿cuándo llegó a tus manos y a tu vida? La primera vez que la leíste fue con un profesor chileno, muy buen docente. Sin duda, lo que más te había encantado de su metodología era el tipo de examen que te tomó; te dio dos preguntas y debías elegir una para responder, justificando tu elección: “Decir si el texto *La Celestina* es una comedia o una tragicomedia, y por qué”. “Yo defendí que era mejor la de dieciséis autos” –respondiste y entre charla y charla la justificación quedó en nuestro olvido. Por lo visto, el descubrimiento de *Celestina* está pegado a tu mundo latinoamericano a través de este profesor, cuyo nombre no recordabas, pero tampoco tiene importancia; lo esencial es que un profesor latinoamericano te puso en el camino celestinesco durante tus años juveniles y su procedencia fue una suerte de anticipación para tus fructíferos y amistosos vínculos con Latinoamérica –México en el “centro” y Argentina en el sur del mundo–.

La gratitud también trajo a tu memoria la figura de tu maestro Lloyd Kasten, quien te dirigió la tesis doctoral, recuerdo que ya habías realizado en el magnífico e inolvidable Homenaje que te organizaron recientemente en la Biblioteca Nacional de España las generaciones jóvenes que tanto te deben, entre ellas nuestra Amaranta, quien también te acompaña en esta ocasión con sus palabras. El dato poético lo aportó tu aprendizaje de romances con Diego Catalán.

Como si esto fuera poco, tu pasión celestinesca también tiene algo de aquellos odores primitivos de la obra –“diez personas”, dice su Antiguo autor– que ya en 1499 se juntaban a leerla en medio de la contienda para interpretarla. Así como ellos, otro de tus grandes amores es el teatro leído que has realizado durante toda tu vida y que, por ejemplo, practicaste en México cuando de a seis personas interpretaban *La Celestina*. Mi querido Pepe Nieves: ni que hubieras sido una reencarnación de aquellos intérpretes del teatro leído de *Celestina* que, practicado en tu juventud y adultez, hiciste respondiendo a una necesidad interior y muy bien.

Ya hacia el final de la entrevista, *tu* concepto y práctica de la amistad te permitieron explayarte en este vínculo del que siempre te has enorgullecido: “*ser buen amigo*”. Para serlo, he aquí una regla de oro: “*para tener un buen amigo hay que tener simpatía, no solo hablar, sino escuchar; hay que tener empatía, no solo dar consejos*”. Hacia el final de la entrevista, te pusiste muy sentimental y amoroso en recuerdo de tu familia, siempre muy unida gracias al amor, a los sentimientos, y al compañerismo entre marido y esposa. Como elección de vida, decidiste ser solterón y no tener niños ya que las mujeres aguantan mejor. Agradecidas por esta ponderación a las féminas por su fuerza y resistencia – como Melibea que prefiere ser una buena amante antes que una mala casada aunque sea solamente durante un mes y se suicide–, hacia el final confesaste: “*lo más importante que me ha pasado es el deseo de mantener amistades en todas las épocas de mi vida*”. Y, efectivamente, en estos memorables años, para esta comunidad de tus amigas y amigos, has sido el artesano delicado de afectos, de saber estar, de palabras y silencios que nos han acompañado amorosamente desde que te conocemos y literalmente gozamos de tu amistad.

En nombre de mis colegas de la Comisión Organizadora de este *Homenaje a los ochenta y dos bendecidos años de Pepe Nieves* que se puede visualizar en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/live/ZcBq8aRSDns?si=t3y4biCnOlxVjeCy>.

De otros que se unen para celebrarlos en forma de saludos virtuales (al que se puede acceder en enlace: <https://www.youtube.com/live/eQ2Ncz99ujl?si=dC45gO60QH-AKVd->).

De parte de los colegas que presentan sus investigaciones en esta nueva edición de *Revista Melibea* 2024.1, de la que Pepe es su Editor Honorario desde el nacimiento del volumen y que se inicia con su “Presentación” aún vigente.

De Jimena García Miaja, editora de la colaboración virtual desde México.

Y de Verónica Rodríguez Chabán y Lihué Nanfra, estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional de Cuyo), que colaboraron generosamente con sus saberes tecnológicos y tiempo para la edición de la multitudinaria sección de saludos virtuales:

Te agradecemos habernos permitido acceder a estos jirones de tu vida personal, entrañable Pepe, que debés como dice el tango: “*Sentir que es un soplo la vida, que veinte años no es nada*”, así como no lo son tampoco tus ochenta y dos, y que aquí estaremos para celebrar nuevamente tu calidez, tu luz y tu plenitud en el tiempo por venir. Gracias, queridísimo Joe, por tu amistad.